



SABER CONFIAR (NIÑOS)

Link a YouTube <https://www.youtube.com/watch?v=YJKrmeC3bv8>

Primero, deciros que os he visto bailar en el vídeo y lo hacéis muy bien. Yo creo que habéis dado un testimonio de lo que supone un campamento como estos: el testimonio de alegría, el testimonio de ser capaz de conjugarnos y conjuntarnos, y tener ideales que mostremos delante del mundo.

Bueno, decía Santi, que hay un salmo que dice: «El Señor es mi pastor, nada me falta». Que los sacerdotes y los obispos somos pastores. Los obispos solemos tener cada uno un lema. El lema concreto de un servidor es la imagen del Corazón de Jesús y, pues, la frase dice: «En ti confío,», que a todos nos suena, ¿no? Sagrado Corazón de Jesús, en vos confío, en ti confío. Por eso me gustaría hablar un poco de este lema y de qué es lo que supone, y que estamos hablando de algo que es importantísimo para nuestra vida: saber confiar en Dios. Saber confiar en Dios es algo que nos cambia la forma de vivir y la forma de ser.

Tú sabes qué diferencia cuando uno es joven, el que alguien esté lleno de miedos y de angustias: «¡Ay, qué será de mi vida!, ¡ay, qué será!, no sé qué, ¡ay, qué será de nuestro...!». Que alguien crezca con una manera de ser que está llena de miedos y de angustias. Cuánto le condiciona eso en su vida, en su día a día; eso le condiciona muchísimo, comparando con una persona que tiene confianza, tiene seguridad, sabe, sabe que está en buenas manos y es capaz de lanzarse a los retos de la vida, que no le asustan. Tú sabes qué diferencia hay de uno al otro. ¿Y eso por qué es? Porque psicológicamente uno tiene una forma de ser psicológica que es insegura, etcétera, y el otro ha tenido una psicología que es mucho más fuerte y firme ¿Es únicamente una diferencia de psicología? Ojo, sí es verdad que la psicología afecta mucho para la confianza, es verdad. Tenemos que reconocer que cada uno tenemos una manera de ser que nos condiciona mucho y por eso si alguno de vosotros tiene una manera de ser que su psicología es inseguro, que carga con esa cruz de decir: «Yo es que me doy cuenta que, por mi forma de ser, me entran miedos, me entran angustias, me entran no sé qué, y me gustaría ser como este que es un lanzado, es un echado para adelante, pero yo no soy así». Eso es importante aceptarlo, porque es verdad que cada uno tenemos nuestras limitaciones en la vida y no hay que avergonzarse de ellas. No hay que avergonzarse de ellas y decir: «Oye, sé que tengo angustias, sé que tenemos miedos, yo voy a saber sobrellevarlos».

Ahora, cada uno, por lo tanto, partimos de una psicología. Eso no está en tu mano elegirlo, está ahí y lo aceptas y convives con ello, y no tengas envidia de los demás. Igual eres un poco inseguro y dices: «¡cómo me gustaría ser como ese para lanzarte!». Pues bien, no tengas tanta envidia, porque seguro que también tendrán otras cosas,

otras cosas que dirán: «Ya me gustaría a mí ser como ese». O sea que, mirad, no nos envidiemos unos a otros, que cada uno tiene sus propias cruces, y entonces cada uno tiene que aceptarse a sí mismo. ¿De acuerdo? Es un punto importantísimo. Lo primero, es aceptarnos cada uno como somos.

Ahora bien, es verdad que además de nuestra forma de ser, además de nuestra psicología, hay otra cosa que es importantísima, tanto o bastante más que la primera. Que es, que independientemente de que yo psicológicamente sea un tío echado para adelante o sea un miedoso, además de eso, el que yo confíe en Dios o no confíe en Dios me va a condicionar mucho esta vida. Bueno, una persona insegura, si confía en Dios, esa inseguridad la va a llevar de manera muy distinta que si, encima de ser psicológicamente inseguro, además no confía en Dios; y entonces ya se juntan el hambre con las ganas de comer. Entonces eso ya no hay quien lo lleve, porque si encima que era inseguro, encima no confía en Dios ni nada, pues eso es tremendo.

Es verdad que nadie puede compararse con los demás, porque uno dice: «Este, este es un echado para adelante, pero este es un kamikaze, confía mucho en Dios». Bueno, igual no es que confíe mucho en Dios, sino que igual si confía mucho en Dios, es que tiene que bajar un poco el pistón, porque este igual confunde confianza en Dios con uno que no tiene. No confundamos una cosa con la otra. Cada uno tiene su forma de ser. El que es demasiado echado para adelante, hay que decirle que un poquito menos; y al miedoso, muy inseguro, hay que decirle: un poquito más, un poquito más. Y en esta vida, la educación cristiana suele consistir en eso. A unos hay que decirles: «Baja un poco, un poquito menos, y a otros, súbete un poco, un poquito más».

Es clave la de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, porque en ella se integran dos cosas que son claves, que son: ser valientes y ser humildes. Y al que es un fanfarrón, hay que decirle un poquito más de humildad; y al que es un tímido hay que decirle más valentía, porque nosotros solemos tener un problema de cómo conjugamos ser valiente y humilde. Y solemos tener el problema de que la gente que va de valiente, no suele ser humilde, se piensa que es Sandokán, que vosotros ya sabéis quién es, ¿no?. Es que yo soy de otra generación, pues como el Increíble Hulk. Hay gente, hay gente que va de valiente, y no es valiente, y no es valiente, va de valiente, pero no es humilde. Hay gente, que es muy tímida, muy segura, y hay que ser valiente para vencer tus miedos. Luego el Corazón de Jesús nos enseña a ser valientes y humildes al mismo tiempo, y a decirle a uno un poquito menos, un poquito menos; y a otro, un poquito más. Esta lucha, esta lucha la llevamos todos, y nos va a ayudar mucho en esta lucha nuestro pacto de confianza en el Corazón de Jesús.

¿Cuál es el gran mensaje que nos da el Corazón de Jesús? Primero, hay una frase de San Pablo a Timoteo que dice: “se de quien me he fiado, y estoy firmemente convencido de que El llevará a su término la obra que ha comenzado en mí”. Lo primero que hay que decir: “¿yo me puedo fiar de alguien al cien por cien? Porque es un peligro del que yo me fíe al cien por cien de alguien y luego me falle. Yo me puedo fiar al cien por cien del Corazón de Jesús; en el fondo, solamente de Dios me puedo fiar al cien por cien. Del resto de las personas, pues me puedo fiar de ellas, pero no pondría todo mi corazón, porque me pegaré una gran torta. Cuando alguien pone su confianza al cien por cien en un amigo mío, que suele ocurrir a veces, que la adolescencia uno comienza a tener una experiencia de amistad que nunca había tenido antes, y a veces en la adolescencia suele ocurrir que hay grandes decepciones. Porque una amiga mía me

traicionó y resulta que lo que yo le había comentado, que era un secreto mío, ella cogió y lo puso ... nos hemos llevado grandes chascos porque nos sentimos profundamente traicionados. Por supuesto que esa traición estuvo mal, pero también es verdad que a veces hemos puesto una confianza en un amigo que únicamente podíamos haber puesto en el Corazón de Jesús, que es el único que no nos falla.

En realidad, nuestra plena y absoluta confianza solamente se puede poner en Dios, porque Él ha entregado su vida por nosotros, porque nos ama con un absoluto desinterés. Dios no desea más que nuestro propio bien. Dios no tiene ningún interés a la hora de amarnos que no sea nuestro propio bien. Por ejemplo, ¿sabéis qué cosas son las que a Dios ofenden y le hacen daño? ¿Qué cosas le ofenden a Dios? La respuesta es muy clara: a Dios le ofenden las cosas que a ti te hacen daño. A Dios le ofende las cosas que a ti te hacen daño, te hacen daño a ti. Hacemos cosas en el fondo que nos hace daño a nosotros y a Dios le ofende que tú no te quieras bien a ti mismo. Que el pecado, en el fondo, le ofende a Dios porque te hace daño a ti, no porque Él le fastidie, o tuviese otro interés distinto; que el interés de Dios es nuestro bien. Luego lo primero es caer en cuenta de que Dios quiere mi bien, Dios no quiere nada distinto que no sea mi propio bien, entonces confío plenamente en Él. No me va a pedir nada que no sea para mi bien.

Algunos dicen: «Es que tengo miedo a lo que Dios me pida, si me pide no sé qué, y si me pide no sé cuántos». Y le tiene miedo a lo que Dios pida. A ver, si Dios pide algo, seguro que es un chollazo para ti, te ha tocado la lotería. Que Dios te pida algo, eso es el gordo de la lotería, porque no te está pidiendo, te está dando, Dios cuando pide, te da. Y en este mundo, mucha gente cuando parece que da, te está pidiendo. Hay que entenderlo bien, es importante, lo voy a repetir, lo voy a repetir: Dios, cuando te pide algo, cuando te pide un sacrificio, en realidad te está dando. Te está dando un regalazo de que puedas hacer eso. Y en este mundo, cuando va un político y te dice: «Yo te ofrezco, el que me vote...», cuando parece que te dan, te está pidiendo, porque lo que quiere es manipular. Es tan importante entenderlo: Dios es bueno y todo lo que Dios nos pida es para nuestro bien. Entonces tenemos que quitarnos el engaño, el engaño de tener una desconfianza. A ver, yo me fío de Dios, Dios quiere mi bien, ya está.

Y además, Dios no solamente me quiere, sino que Dios lo puede todo: Dios es todopoderoso. A Dios no se le escapa nada de la mano, nada que en el fondo no sea capaz también de hacer de ello un instrumento para el bien. Todo resulta para bien en los que esperan y confían, Dios es providente, es capaz de dirigir todos los signos de la historia para que finalmente, al final, hay un plan de salvación. Luego nosotros podemos decir: Dios primero es bueno, me quiere por mi bien, no por ningún otro interés. Nadie ha dado su vida por mí como Jesús la ha dado en la cruz, segundo, pero no solo es bueno, es que lo puede todo. Entonces yo confío en que, Él va a llevar adelante la historia de mi vida a buen puerto, ¿cómo será?, no sé; ¿por qué camino será?, tampoco lo sé. Porque es que a veces el barco da muchas vueltas hasta que finalmente llega al puerto, pero tengo plena seguridad que Dios va a conducir el destino de mi vida hasta ese momento. Y tener esto claro, tener esto claro ayuda mucho, muchísimo, para poder afrontar la vida, seas tímido o seas el echado para adelante, cualquiera de las dos cosas. Al tímido diciéndole: «Oye, no tengas miedo, que Dios conduce tu vida». Y al echado para adelante diciendo: «Bájate de ahí que el Espíritu Santo no eres tú. Al uno y al otro, pero es muy importante esto, es muy importante esto.

Entonces, primer punto, se de quien me he un fiado y me he fiado del Corazón de Jesús que me ama más que nadie, y segundo, que lo puede todo, yo estoy en buenas manos. Ese el punto clave, el determinante de nuestra historia. Supuesto eso, supuesto eso, ¿qué tenemos que hacer? Pues mirad, supuesto esto, hay otro texto importantísimo de San Pablo a los Romanos en el que dicen: «¿Si Dios está conmigo, ¿quién estará contra mí?». Vamos a ver, si Jesús es el que me ama, el que desea para mí, mi bien, ¿yo a qué temeré, a qué temeré? Y es muy importante que de vez en cuando hagamos como un examen de conciencia en el que repasemos nuestros miedos, repasar nuestros miedos. Y a ver, voy a ver cómo delante de Jesús, y teniendo a Jesús delante en la Eucaristía, voy haciendo pasar uno por uno mis miedos delante de Jesús, y me doy cuenta que delante de Jesús esos miedos se derriten, como cuando pones la nieve en el desierto de Sahara, la nieve se derrite enseguida; mis miedos delante de Jesús se derriten. Y ese ejercicio hay que hacerlo, detectar mis miedos y poner ahí.

Yo creo que me habéis escuchado una anécdota que yo suelo contar mucho de mi vida, que a mí me hizo mucho bien espiritual. Recuerdo que una religiosa, allí en San Sebastián, había una religiosa francesa que nos daba catequesis, el día que nos explicó esto de la confianza en el Corazón de Jesús, pues a mí me impacto, me impacto porque ella, que no habla muy bien español, le puso una fuerza tremenda. Habló con mucha fuerza del Corazón de Jesús en vos confío. Yo era el chavalito, que como os he dicho que a algunos hay que decirles un poquito más, en aquel momento, yo era de los que había que decir un poquito más, porque era muy tímido, ¿sabes? yo era muy tímido, muy tímido aunque no lo parezca.

Pero recuerdo que sonaba el teléfono en casa y yo me iba a otro lado por no coger el teléfono. Mi madre me decía: «que va a ser ti el día de mañana, sin poder coger el teléfono». Y yo me escapaba por no coger el teléfono. Y entonces me acuerdo que llegué a casa, y allí en la bodega, en la bodega había una calefacción de leña en la que te decían: baja a echar leña a la calefacción a la bodega, y era una especie de tortura bajar allí, y en cuanto podía salía corriendo para arriba, lo recuerdo. Y recuerdo que aquel día, cuando llegué a casa y me dijeron: «Venga, a echar leña a la calefacción», y bajé abajo, ya cuando había empezado a entrar el agobio, ¿sabes?, me dije, a ver un momento José Ignacio... «¿A ti no te han dicho que si Jesús está contigo, no tienes a quién temer?, que el Corazón de Jesús te acompaña siempre, que los santos ángeles de la guarda, son tus custodios?». Me acuerdo que a mí mismo me dije: un momento José Ignacio, sin correr, me explico, sin correr, en vez de subir me voy a dar una vuelta por aquí, y recuerdo que ese fue un día importantísimo en mi vida; parecerá una tontería, pues para mí fue muy importante. Fue muy importante porque me di cuenta que yo había afrontado mis miedos y había subido un escalón, y dije: «Pues no pienso bajarlo». Y cada vez que pase por aquí, voy a frenar en lugar de acelerar, y me hizo mucho bien. Entonces, creo que cada uno de nosotros, después de haber hecho el acto de confianza en Dios, tiene que repasar sus miedos. ¿Y cuáles son mis miedos? Y dice San Pablo: «¿Quién nos apartará del amor de Cristo?». Pues eso. la oscuridad, la soledad, la pobreza, la burla, la enfermedad, la muerte... O sea, ¿cuáles son mis miedos?

Por ejemplo, un miedo bastante potente en la adolescencia suele ser el miedo al ridículo. ¡A que sí! Y el miedo al ridículo suele ser un miedo bastante potente. Salgo yo en público, salgo a una lectura, a ver si voy a meter la pata y hago el ridículo y..... Es curioso que a veces el miedo al ridículo, el miedo nos puede impedir crecer. Entonces

es tan importante que ponga delante de Jesús ese miedo. Esa lucha, esa lucha por vencer nuestros miedos supone también reírte un poco de ti mismo, ¿me explico?, reírte un poco de ti mismo, que es muy sano. Y Jesús también quiere que vencamos el miedo al ridículo con un poco de sentido del humor, que no pasa nada.

¿Esto es tan fácil como lo estoy diciendo yo? Pues no, la cosa no es tan sencilla, luego, cuando tiene que hacerlo, da un poco de vértigo, vamos a ser sinceros. En la práctica, es un poco más complicado que como lo estoy explicando, pero no hay más remedio que tirarse a la piscina; porque eso no va a venir del cielo sin que, al mismo tiempo, tú te tires a la piscina. Dios te da la gracia, te pone flotador, te pone flotador, pero te tienes que tirar el agua. Pues creo que es muy importante que a Jesús le digamos Señor ayúdame a vencer mis miedos. Por ejemplo, el miedo al ridículo; por ejemplo, el miedo a la soledad. Pero ¿qué soledad?, soledad de qué?... si yo estoy con Jesús, si la Santísima Trinidad habita dentro de mí, si el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo moran dentro de mí, pero miedo a la soledad?.. pero ¿qué soledad si quien está con Dios nunca está solo? Miedo a la oscuridad, miedo a que no puedo, que no puedo, pero si teniendo a Dios con nosotros, Él nos va a dar su gracia, nos va a ayudar. Dice San Pablo: «Todo lo puedo en aquel que me conforta». Con Dios lo puedo todo, si Dios pide algo, Dios me dará la gracia de ver la confianza en Él.

Entonces, creo que cada uno de nosotros, en los ratos que tengamos de oración, tiene que presentarle a Dios sus miedos, miedo al futuro, diciendo a Jesús: “cura mi miedo”. Os acordáis de aquella mujer hemorroísa que tenía flujos de sangre, y que le tocó el manto a Jesús, y cuando le tocó el manto se sanó, tócale a Jesús, tócale para que se curen tus miedos. Esa confianza en el Corazón de Jesús es una combinación, una coordinación de valentía y humildad, valentía y humildad. Porque a veces el que es un poco, el que va de Sandokán, el que va de subidón, pues muchas veces, sabéis, como él confunde confiar en Dios con ser un jeta, que son cosas distintas... pues a veces al que es un poco así, a veces Dios suele permitir que se peguen una galleta; se está pegando una galleta para que le baje un poquito los humos y comprenda que tiene, que tiene que aprender a ser más humilde y confiar en Dios, y no confiar en sus propias fuerzas. Confiar en Dios y no confiar en las propias fuerzas. Es decir, que Dios tiene un designio para que aprendamos a confiar, y que esta vida es una escuela de confianza, escuela de confianza en el Corazón de Jesús. La vida es una gran escuela.

En ese texto evangélico en el que Jesús está durmiendo en la barca, está durmiendo en la barca y se levanta la tempestad, los apóstoles comienzan a agobiarse, y uno de ellos le despierta a Jesús diciendo: «Jesús, que estamos aquí todos absolutamente asustados y tú estas durmiendo como si no pasase nada. Vamos, despiértate, haz algo. ¿Cómo es posible que nosotros estemos tan agobiados y tú estás durmiendo?». Bueno, pues yo creo que también eso es una lección de la vida, es una lección que, cuando Jesús se despierta, les dice: «Hombres de poca fe, porque habéis dudado». ¿Sabéis qué significa la palabra confianza? La palabra confianza viene del latín, que significa comfidele... con fe, ten fe, la palabra confianza significa con fe, ten fe, que Dios está contigo.

Dios parece que está dormido, ¿verdad? Hay momentos en la vida que uno dice ¿dónde estará Dios, estará dormido? Parece que está dormido, pero está pensando en ti. Hay una imagen muy hermosa en la que se ve a la Virgen María, que es Nuestra Señora de la Providencia, se ve sujetando al Niño Jesús pequeño dormido, y al Niño se

le caen los brazos, y entonces, esa imagen de la Providencia es la Virgen que sostiene un niño totalmente dormido diciendo: "estoy en las manos mi madre, que se caiga el mundo que yo estoy durmiendo donde tengo que dormir, que es en los brazos de mi madre". Bueno pues a esa imagen se le llama la imagen de Nuestra Señora de la Providencia. Está el niño completamente dormido, aunque alrededor esté pasando lo que haga falta, el niño está con su madre y se despreocupa de todo lo demás. Parece que está dormido, ¿verdad?, pues no, está pensando en ti.

Recuerdo haber escuchado a José Antonio Sayés, que había estado en una ocasión en Japón, y dice que entró a un templo, a un templo budista y la gente que iba rezando ahí... cuando uno se ponía delante de un altar de un buda, daban palmas, y luego pasaban al siguiente altar y volvían a dar palmas. Y claro, le preguntó al que rezaba porqué hacía eso y le dijeron que: «Lo primero, despierto a los dioses antes de empezar a hablarles». ¡Fíjate! primero despierto a los dioses porque no vaya a ser que les esté hablando y estén dormidos

Aprende a confiar en el Corazón de Jesús. Esa imagen de la Virgen María, de Nuestra Señora de la Providencia, para nosotros es clave. ¿Tú te imaginas como María educó teniendo ya en sus manos al Hijo de Dios? ¿Y te imaginas a una María Angustias diciendo: «Angustias, demasiada responsabilidad para mí»? Porque alguna María angustias diría: «¡Ay!, ¿sabré hacerlo?, ¿no sabré hacerlo, mira que tengo al hijo de Dios en mis manos, a ver si se me va a caer?». Que la Virgen María, sabéis, que la Virgen María supo confiar, supo confiar en que quien le había pedido llevar adelante ese milagro de ser Madre de Dios, ya le ayudaría a hacerlo. Por eso estamos en manos de la Virgen, la cual está en manos del Corazón de Jesús. Parece que está dormido, pero está pensando en ti.

¿Entonces, cuál es la conclusión de esta charla?: primero, Corazón de Jesús "en vos confío" y Corazón de María "de la salvación mía", esa es la conclusión, hacer un acto de confianza en el Corazón de Jesús y un acto de confianza en el Inmaculado corazón de María. Lo dejamos aquí.